Las chicas de oro y el juicio universal

Un homenaje a Vittorio De Sica basado en su magnífica película *El juicio universal*: una voz, desde el cielo, anuncia el juicio universal a las seis de la tarde. Intervienen Pilar Blanco, como Lola; Ana Fernández, como Alicia; Reme Rodríguez, como Carmen; Trini Cerón, como Concha, y Rafael Salas, como él mismo.

—Bueno, pues nada, yo hago de Lola, la sexi del grupo…

—Y yo, de Alicia, la mayor del grupo. ¡Hola, hija!

—¡Ay! A mí me toca el papel de la tontita e inocente Carmen.

—Bueno, y yo, de Concha.

—Bueno, yo hago de mí mismo, de Rafa. Venga… Bueno, venga, vamos… Eh… Empiezo a grabar. Cuento tres y empezáis. Tres, dos, uno… ¡Dentro!

—¡Dios mío! ¿Qué es esto?

—El salón hecho un cristo.

—Anda, que la pregunta…

—¡Me han robado!

—Claro, como sales con cualquiera…

—¡No digas tonterías!

—Entonces, que calle para siempre.

—Shhhhh… Todavía pueden estar aquí. ¡Ayyyyyyy!

—¿Quiénes?

—Los niños de San Ildefonso.

—¿Y cómo sabes que son tantos?

—¿Cómo que tantos? Si solo ha dicho “ladrón es”.

—Es que nunca viene uno solo.

—No, suelen venir entre treinta y cuarenta, pero se han debido esconder en el microondas.

—La verdad es que estoy aterrada.

—Y yo también.

—Yo también. Me hice pis nada más entrar… ¡Y eso relaja mucho!

Alle diciotto comincia il giudizio universale. Comincia il giudizio universale…

—Chicas, ¿quién ha dicho…? No, no, no, ¿quién ha dicho eso?

—Eso, eso, eso.

—¿De dónde ha salido?

—Lo mismo nos preguntamos nosotras.

—Para mí que ha sido una interferencia de algo que anda por ahí.

—O una broma de algún gracioso, que no me ha hecho ninguna gracia, por cierto.

—Bueno, continuemos, no le demos más importancia. Venga seguimos en… el pis de Ana. ¡Adelante!

—Ok. Cuento yo, ¿eh? Dos, tres, uno… ¡Mirad, por ahí han entrado!

—¡No, no cierres la ventana! Si están por aquí, ¿por dónde van a salir?

—¡Nos van a matar! ¡Nos van a matar!

Alle diciotto comincia il giudizio universale. Comincia il giudizio universale…

—¡Madre mía, otra vez! Ya me estoy asustando, ¿eh?

—¡Qué raro, la voz habla en italiano!

—Sí, claro, es que allí en Italia está el Vaticano y el papa y esto me suena muy mal.

—Os juro que no sé de dónde puñetas ha salido esa voz. Lo juro. Mmmm… Aquí se ha oído las dos veces y he revisado todos los equipos y, de verdad, nada de nada.

—Vamos a hacer una cosa: vamos a salir a la calle y vamos a preguntar a la gente, a ver qué pasa.

Alle diciotto comincia il giudizio universale. Comincia il giudizio universale…

—¡Ah!

Comincia il giudizio universale…

—¡Ah!

Alle diciotto comincia il giudizio universale.

—¡Aaaaaaah!

—Pero, ¡por Dios!, vámonos, vámonos de aquí inmediatamente. Quiero salir. ¡Quiero salir!

—Lo siento, lo siento mucho, pero… no podemos salir. He echado la llave del estudio para que no nos molestaran y ahora no la encuentro.

—Voy a llamar. Esto me huele muy mal.

—¿A quién vas a llamar?

—Pero ¿hay cobertura?

—Mmm… Sí, sí hay. Voy a llamar. Ya que hay cobertura, voy a aprovechar.

—¿Es el Juzgado n.º 5? ¿Podría ponerse José Luis, por favor? Hola, José Luis. Mira, no me preguntes nada, pero por la amistad que tenemos te voy a pedir un gran favor que no tiene vuelta atrás. Sí, sí, te digo: quiero que anuléis en vuestro juzgado la orden de desahucio contra los inquilinos de mi piso de Moratalaz. Que sí, que sí, que luego te lo explicaré. Bueno, si me da tiempo. Venga, venga, por favor.

Alle diciotto comincia il giudizio universale. Comincia il giudizio universale…

—Pero ¿dónde está? Pero ¡por Dios! ¡Mi móvil! ¡Mi móvil! ¿Dónde está mi móvil?

—Toma, toma, Jose te lo ha dejado aquí. Tómalo.

—Dios, ¡qué susto!

—¿Javier? Mira, perdona, hazme un favor, que es una cuestión de vida o muerte: llama o ve al juzgado y retira la demanda de divorcio. ¡Es que sí que quiero a mi marido, me he dado cuenta de repente! Que sí, que la retires, por favor, ¡que la retires! No pienso colgar hasta que me digas que vas a hacerlo. ¡Por favor, que eres mi abogado! Ah, vale. Venga, muchas gracias.

—Eh… Oye, Jose, oye…

—¿Tan grave es la cosa?, ¿esto de la voz? Uf, esto es muy raro, ¿eh? Yo te digo a ti que es imposible que en la mesa de mezclas se meta algo que no salga de aquí o de los micrófonos. ¡Eso es imposible! ¡Uf! Es que es para cagarse… Me cago en la…

—¿Nada? ¿Sigue todo igual? ¿No ha encontrado la llave?

—No, no, no la he encontrado. De verdad, no la he encontrado.

—Pues estoy escuchando desde aquí y, por lo que estoy oyendo, esto va de mal en peor.

—Como sea una broma tuya… ¡te mato!

—¡Te matamos!

—Eso quisiera yo, que fuera una broma, pero os advierto que como encuentre la llave salgo huyendo sin avisar.

—¡Sí, hombre!

—Jo, es que me estoy agobiando cantidad, ¿eh?

—¿Mamá? Soy yo. No, no pasa nada. No, no son nervios, es que acabo de subir una escalera y estoy un poco fatigada. ¿Que por qué te llamo? Pues para decirte algo que no te he dicho desde que era una niña: te quiero, mamá. Te quiero. Siempre te he querido, aunque nunca me hayas oído decírtelo. ¡Ah! Y llama a don Ciprián. Sí, sí, al cura de la parroquia, y pregúntale si vale la confesión por teléfono.

Alle diciotto comincia il giudizio universale.

—Hola, soy yo, Reme. Mira, Fernando, escucha bien lo que te voy a decir: estoy profundamente enamorada de ti y te quiero con locura. Te estoy siendo muy sincera. No, no, no podemos vernos inmediatamente. No sé cuándo podremos vernos, ni si podremos, pero tú quédate con esto: te amo y te quiero. ¡Adiós!

—Bueno ¿y ahora qué hacemos? Faltan cuatro horas para las seis de la tarde… ¿Qué pasará?

—Lo que sea será. Aquí estamos para lo que sea.

—Dios dirá.

—Bueno, bueno, lo mismo no hay cielo y vamos todas y todos al infierno.

—¡No está Rafa en el control! ¡El hijo de puta se ha ido!

—De verdad, esto ya es para cagarse, vamos.

—Pero ¿y la llave?

—¡Pues la habrá encontrado!

—¡Vamos!

—Vamos. Yo qué sé, de verdad, es que esto…

—Rafa, ¿de dónde vienes? ¿Por qué no nos has avisado?

—Nada más abrir la puerta me ha entrado un mensaje por el sistema de alarma ese que ha creado el Gobierno ante catástrofes y…

—¡¿Y qué dice?!

—Leedlo, leedlo. Leedlo vosotras.

—¿Es grave?

—Trae para acá, dámelo.

—Toma.

—Léelo, léelo.

—A ver qué dice aquí. “En una prueba que se ha hecho esta mañana para comprobar el funcionamiento del sistema nacional de alarmas, alguien ha hackeado el programa y ha introducido una secuencia de la película de Vittorio De Sica en donde una voz desconocida anunciaba el fin del mundo a las seis de la tarde. Pedimos disculpas a todos los ciudadanos por este contratiempo. La policía ha abierto una investigación urgente para detener al culpable”.

—Pero bueno, vamos, esto ya es… Es increíble, ¡es increíble!

—Lo que no entiendo es que esa alarma nacional manipulada se haya metido en nuestro estudio y no haya saltado en nuestros teléfonos.

—¡Qué raro! ¡Qué raro, qué raro, qué raro!

—Bueno, pues nada, todo se ha consumado. Creo que ya no tenemos que esperar a las seis de la tarde…

—¡Es Javier, mi abogado! Ay…

—Es José Luis, del juzgado.

—¡Es mi madre! ¡Anda!

—¡Es Fernando!